

HOSPITAL DE MUÑECAS

Peter Menegas

El mundo secreto
y estremecedor
de un lujoso centro de
desintoxicación
de drogas.



Planeta

Annotation

El escenario de esta estremecedora novela se localiza en Tanglewood, un centro de lujo para la rehabilitación de alcohólicos y drogadictos de toda índole. En una cara de la moneda, aparece una serie de personajes famosos, pertenecientes a mundos tan diversos como el espectáculo, el deporte, la moda, la política... Todos ellos con su drama a cuestas. Desde la veterana actriz de cine Cat Powers al boxeador Peabo Washington, pasando por la joven y cotizada modelo Lavender Grace Gilbert, enganchada en las redes implacables de la cocaína, o por el también drogadicto Skip Ryan, perteneciente a una familia de políticos. En la nómina de pacientes del centro figuran también un cantante, el antiguo parlamentario británico Nigel Burden y Ray Espósito, un excombatiente de la guerra del Vietnam que sólo sabe amar usando la violencia física. En la otra cara de la moneda, Hospital de muñecas nos muestra la vida diaria de los profesionales que trabajan para la recuperación de los pacientes. En la frontera entre estos dos mundos, el autor ha situado a Roger Cooper, que ocupa el cargo de director médico de Tanglewood. Este personaje vive en continua tensión entre la relación emocional -y emocionante- con sus pacientes y la amenaza de ir a los tribunales de justicia, acusado de ciertas prácticas tachadas de inmorales.

PETER MENEGAS

Hospital de muñecas

Traducción de Verónica Fernández-Muro

Planeta

Sinopsis

El escenario de esta estremecedora novela se localiza en Tanglewood, un centro de lujo para la rehabilitación de alcohólicos y drogadictos de toda índole. En una cara de la moneda, aparece una serie de personajes famosos, pertenecientes a mundos tan diversos como el espectáculo, el deporte, la moda, la política... Todos ellos con su drama a cuestas. Desde la veterana actriz de cine Cat Powers al boxeador Peabo Washington, pasando por la joven y cotizada modelo Lavender Grace Gilbert, enganchada en las redes implacables de la cocaína, o por el también drogadicto Skip Ryan, perteneciente a una familia de políticos. En la nómina de pacientes del centro figuran también un cantante, el antiguo parlamentario británico Nigel Burden y Ray Espósito, un excombatiente de la guerra del Vietnam que sólo sabe amar usando la violencia física. En la otra cara de la moneda, Hospital de muñecas nos muestra la vida diaria de los profesionales que trabajan para la recuperación de los pacientes. En la frontera entre estos dos mundos, el autor ha situado a Roger Cooper, que ocupa el cargo de director médico de Tanglewood. Este personaje vive en continua tensión entre la relación emocional -y emocionante- con sus pacientes y la amenaza de ir a los tribunales de justicia, acusado de ciertas prácticas tachadas de inmorales.

Título Original: *The doll hospital*.
Traductor: Fernández-Muro, Verónica
Autor: Menegas, Peter
©1986, Planeta
ISBN: 9788432046865
Generado con: QualityEbook v0.84

Peter Menegas

Hospital de muñecas

COLECCIÓN FÁBULA Dirección: Rafael Borrás Betriu

Consejo de Redacción: María Teresa Arbó, Marcel Plans y Carlos Pujol

Título original: The Dolí Hospital

© Peter Menegas, 1986

Editorial Planeta, S. A., Córcega, 273-277, 08008 Barcelona (España)

Diseño colección, cubierta y foto de Hans Romberg (realización de Jordi Royo)

Primera edición: setiembre de 1987

Depósito legal: B. 26.872-1987

ISBN 84-320-4686-8

ISBN 0-285-62758-9 editor Souvenir Press, Londres, edición original Printed in Spain — Impreso en España

Talleres Gráficos «Dúplex, S. A.», Ciudad de la Asunción, 26-D, 08030 Barcelona

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia. Tanglewood y el pueblo de Stonebridge son producto de mi imaginación, pero los tratamientos médicos descritos en la novela están basados en investigaciones de una amplia variedad de programas de desintoxicación, de clínicas de rehabilitación y de grupos de terapia. No obstante, no puedo asumir ninguna responsabilidad por los resultados, y ruego a mis lectores que no intenten seguir ninguna de las curas aquí descritas sin recurrir a una adecuada asistencia médica. Tampoco disculpo ni estimulo el abuso de las drogas y el alcohol, y me declaro libre de toda responsabilidad por cualquier daño atribuido al resultado de los hechos descritos en las páginas siguientes.

PETER MENEGAS

Deseo agradecer a Tony McCord por la ayuda que me prestó mientras yo escribía esta novela, por sus sugerencias en la primera etapa de su desarrollo, por las horas que dedicó —y las millas que recorrió— reuniendo información y concertando entrevistas, y por su agudo ojo editorial a lo largo de las muchas etapas de este manuscrito. A causa de todas estas valiosas contribuciones y, por supuesto, por la amistad que me une a él, le dedico él libro al que con tanta cautela nos referíamos durante su progreso como «El H. de M.».

Ninguna droga, ninguna morfina o cocaína, ningún vicio en tí mundo crea tanta dependencia como tí trabajo y tí éxito.

VICKY BAUM

Grand Hotel

PROLOGO

La tibia temperatura de octubre en Nueva York parecía empeorar el embotellamiento del tráfico de un domingo por la tarde en Times Square. Los taxis amarillos y los coches del Departamento de Policía de Nueva York estaban inmovilizados junto con los conductores de Brooklyn, Queens y Nueva Jersey que habían acudido a Manhattan para pasar allí la tarde. La aglomeración de coches, guardabarras contra guardabarras, se veía aumentada por ciclistas zigzagueantes, patinadores con auriculares deslizándose entre los automóviles, corredores que se entrenaban para la maratón del fin de semana siguiente.

Una brillante *limousine* negra se abrió paso por Broadway y en medio de la congestión atronadora de cla-

xons. En un semáforo en verde de la calle 46 oeste el chófer hizo avanzar agresivamente el largo automóvil a través de la marea de peatones y aceleró en dirección a una pequeña puerta, sobre la que se podía leer «Entrada de artistas», en el lado sur de una miserable calle de sentido único.

Dos hombres flanqueaban a una mujer en el asiento trasero de la *limousine*. El mayor de ellos, vestido de un modo más conservador, avistó a un grupo de fotógrafos que esperaban junto a los escalones de la entrada. Bajando el cristal que separaba el asiento delantero del trasero, le ordenó al conductor:

—Jim, no se detenga aquí. Siga adelante y diríjase a la entrada principal del teatro.

El chófer apretó el acelerador y enfiló a toda prisa hacia el este, en dirección a la avenida de las Américas.

Al tiempo que la *limousine* cruzaba velozmente la calle lateral vacía la mujer se volvió en el asiento, gritándoles a los fotógrafos a través de la oscurecida ventanilla trasera:

—¡Malditos buitres asquerosos!

El hombre conservadoramente vestido la empujó suavemente hacia atrás diciendo con voz tranquilizadora:

—Cálmate, cariño. Sólo están haciendo su trabajo.

—Y una mierda. —La mujer se ocultó bajo la capucha de su abrigo de marta cebellina—. Quieren comprobar si esos cabrones me hicieron polvo esta mañana.

—Estás bien —insistió él, rodeándola protectoramente con un brazo—. No vas a dejar que un par de malas críticas te desmoralicen.

—Los críticos son todos unos cerdos —aseveró el otro hombre.

La mujer dejó caer la cabeza sobre el hombro del primero, gimiendo:

—Esta noche no puedo salir a escena, Tommy. No puedo. —Claro que puedes —le aseguró el hombre de pesadas quijadas, Tom Hudson, presidente de la cadena de supermercados Red Tag.

El segundo hombre, Gene Stone, médico, era más joven y vestía de manera más informal.

—¿Vas sintiendo ya tu medicina de muñecas¹, preciosa? —preguntó.

Tom Hudson frunció el ceño ante la mención de la «medicina de muñecas», la inyección de Demerol y Valium con una ligera dosis de metanfetamina que el doctor Gene Stone le había administrado a la mujer hacía un rato, en el hotel Sherry Net herí and. Hudson estaba prometido con la mujer y desaprobaba su dependencia de las drogas... y desaprobaba también a su médico de Los Angeles, siempre dispuesto a facilitárselas. La mujer no respondió a la pregunta del joven doctor. Su mente estaba persiguiendo una obsesión alimentada por la droga. Mirando a su secretaria que se sentaba delante junto al chófer, hizo un torpe intento de abrir el cristal de separación, farfullando sin dirigirse a nadie en particular:

—Tengo que hablar con Linda. Tengo que decirle a Linda que no voy a actuar esta noche. Linda tiene que preparar una declaración...

Hudson la cogió por la muñeca.

—Esta noche actuarás —insistió.

—No puedo.

La mujer se volvió hacia él. Los cristales de sus gafas oscuras parecían dos negros charcos helados dentro de la capucha de cebellina.

—Hazlo por mí. —Hudson la estrechó contra su pecho para calmar su histeria, añadiendo con voz más tierna—: Hazlo por nosotros. —Hablaba más como un padre que como el hombre que pronto se casaría con ella, recordándole suavemente—: ¿Te acuerdas? ¿No fue por eso que salimos temprano del hotel? ¿Para qué tuvieras tiempo suficiente para prepararte para la representación de esta noche?

A la mujer empezaron a temblarle los labios. En otro abrupto cambio de humor, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Por qué se burlaron de mí los periódicos, Tommy?
¿Por qué todo el mundo se está riendo de mí?

—Tú también te ríes cuando vas camino del banco —
dijo el doctor Stone en son de chanza desde el otro extremo del asiento.

La *limousine* cruzó la avenida de las Américas, giró hacia el sur en la Quinta Avenida, dobló otra vez a la derecha en la calle 45 oeste y aceleró para poder pasar el semáforo en verde nuevamente en la avenida de las Américas, dirigiéndose hacia las marquesinas de los teatros que se concentraban alrededor de Broadway y la aglomeración del tráfico dominguero que convergía sobre Times Square.

Mientras cruzaban la avenida de las Américas Tom Hudson detectó cierta actividad delante del teatro Hunt, en el lado norte de la calle 45 oeste: un grupo de gente se reunía alrededor de un equipo de televisión que estaba montando focos y cámaras en la acera. Encima de ellos la marquesina anunciaba: «CATHARINE POWERS... protagonizando la obra de Tennessee Williams... UN TRANVÍA LLAMADO DESEO.»

El cristal que separaba el asiento delantero del trasero descendió con un zumbido al tiempo que Linda, la secretaria, se volvía para informar:

—Fred Stein debe seguir adelante con ese documental de la CBS que quería hacer sobre usted, señorita Powers.

Catharine Powers saltó hacia adelante en el asiento trasero, gritando:

—Le dije a ese judío maricón que no hiciera su asqueroso documental. Se lo dije. Se lo dije.

Tom Hudson cogió a su histérica prometida y la atrajo suavemente hacia el respaldo del asiento mientras le ordenaba al chófer:

—Detenga el coche, Jim. Aquí mismo, detrás de este camión de basura.

La *limousine* aminoró la marcha a unos cincuenta metros del Hunt, situándose detrás de un camión de sanea-

miento urbano aparcado junto a la acera.

Hudson se volvió hacia Catharine Powers y le dijo:

—Cat, quítate el abrigo.

Presa del pánico, la actriz miró alternativamente a Hudson, luego a su secretaria y después al gigantesco camión aparcado delante de ellos.

—Esto es una conspiración, ¿verdad? —inquirió perentoriamente—. Una conspiración para decirme que todo ha terminado. La obra se clausura.

—No es ninguna conspiración. —Hudson frunció el ceño ante la paranoia de Cat al tiempo que alargaba la mano hacia su capucha de piel para quitarle las gafas oscuras. Pasándoselas a la secretaria en el asiento delantero, repitió—: Quítate el abrigo y dáselo a Linda. Tú y yo nos bajaremos aquí del coche e iremos andando.

—¿Andando?

Los ojos azul pálido de Cat Powers se convirtieron en dos círculos brillantes, dándole a su cara una expresión de locura acorde con su comportamiento.

—Eso es lo que he dicho. —Hudson cogió la manija de la puerta—. Linda se pondrá tu abrigo y tus gafas y se hará pasar por ti.

—Eh, oiga —objetó el doctor Gene Stone—, ¿está seguro de que sabe lo que hace?

Con un pie fuera de la *limousine*, Hudson respondió:

—Ya sé que usted cree que no soy más que un ignorante tendero de Chicago. Pero esta vez deme una oportunidad, ¿quiere?

—Yo no creo eso —protestó Gene Stone—. Me encantan los Safeways².

Hudson frunció el entrecejo. ¿Para qué iba a molestar-se en volver a corregir al médico de Los Angeles diciéndole que su cadena no era Safeway?

Miró a su prometida, diciendo con voz autoritaria:

—Quítate ese abrigo y pongámonos en marcha.

Obediente, Cat Powers se quitó la cebellina, la apellotonó hasta convertirla en un bulto informe y se la pasó a través de la partición a su secretaria en el asiento delantero. Con las prisas, una botella de whisky de medio litro envuelta en una bolsa de papel marrón se deslizó del bolsillo del abrigo y cayó sobre la moqueta de la *limousine*.

Cat Powers, mirando la botella, chilló con fingida sorpresa:

—¡Oh!

Hudson frunció el entrecejo, pero aquél no era el momento ni el lugar para reñir a Cat por llevar una botella consigo como un vagabundo borracho. Empujó con el pie la botella y le dijo al doctor Stone:

—Cuando Jim se detenga frente al teatro usted ayude a Linda a salir del coche. Intente que la gente crea que es Cat que llega para la representación de esta noche. Tómese su tiempo. Denos tiempo a Cat y a mí para que entremos sin ser vistos por la puerta principal.

—¿No debería pasarme al asiento trasero? —preguntó Linda.

—No. No debemos atraer aquí demasiada atención hacia el coche —urgió Hudson—. Asegúrense sólo de darnos tiempo suficiente para entrar por el vestíbulo.

—No puedo hacerlo —protestó Cat, cubriéndose el pecho con un brazo como si estuviera desnuda, palmeándose frenéticamente la cara inflamada y arañando con dedos agarrotados su cabello teñido de negro azulado. Con voz impaciente argumentó—: ¿Qué pasa si me ven?

—¿Verte? —rió Hudson burlándose de ella—. Por Dios, mujer. Todas las noches sales a escena ante cientos de personas. —Sí, pero...

Él le cogió la mano, diciendo en tono más tierno:

—Cariño, ¿realmente crees que yo dejaría que te ocurriese algo malo?

—¿Me quieres de verdad? —preguntó ella como si tuvieran todo el tiempo del mundo para quedarse allí senta-

dos hablando en la calle 45—. ¿De verdad, de verdad, de verdad me quieres? ¿Desde lo alto de mi cabeza hasta la punta de mis pies?

—Mujer, te quiero como no he querido a nadie. —La cogió de una mano y le ordenó—: Anda, vamos. Démonos prisa.

Un momento más tarde, la *limousine* salía de detrás del camión de saneamiento en dirección a la multitud reunida ante las puertas del teatro Hunt. Un poco más arriba, Tom Hudson empujaba a Cat Powers a lo largo de la sombra proyectada por los edificios, conduciéndola hacia las puertas de cristal del teatro. Los afilados tacones de la actriz iban golpeando rápidamente el pavimento al tiempo que ésta insistía:

—Tommy, no me encuentro bien... Tommy, creo que voy a vomitar...

Tom Hudson no aflojó el paso; sabía que Cat estaba exagerando.

Delante de ellos, la *limousine* se detenía ante las cámaras de televisión. La multitud, curiosa, se apretujó para ver quién emergía del brillante Cadillac negro.

En la acera, las carnosas nalgas de Cat se movían al ritmo de sus pasos bajo la arrugada seda de su vestido azul mientras ella se apresuraba para seguir a Hudson. La actriz susurraba como una niña desconsolada:

—Tommy, voy a vomitar... Tommy, estoy sufriendo una sobredosis de esa última inyección que me dio Gene... Tommy, no puedo respirar... No puedo respirar, Tommy... No puedo respirar...

Hudson la condujo hacia la hilera de puertas del teatro, preguntándose qué debía hacer en caso de que ella no exagerase y no pudiese llevar a cabo la representación de esa noche. ¿Debía llamar a esa clínica de rehabilitación en Connecticut que trataba a tantas celebridades, a tanta gente importante, e ingresarla allí para que hiciera una cura? Le gustara o no, Cat empezaba a estar más loca que una ca-

bra. No podía seguir mucho más tiempo dependiendo de los cócteles hipodérmicos, del whisky puro y de los puñados de píldoras.